DJG
ERCILLA
1982

JAIME GUZMAN

Paradojas de la guerra

Recientes encuestas indican que nuestra opinión pública busca con avidez las noticias sobre la guerra no declarada entre Argentina e Inglaterra, y se interesa no sólo por las derivaciones internacionales —políticas o económicas— del conflicto, sino por sus aspectos propiamente bélicos, vibrando con los testimonios más gráficos y elocuentes sobre éstos.

¿Hay en ello un mero rasgo de morbosidad, semejante al atractivo que suscita la prensa amarilla? ¿O un simple resabio de cierta barbarie que aún conservaría el espíritu humano?

Pienso que no. Creo que la guerra es un fenómeno complejo, ante el cual confluyen sentimientos encontrados.

Por una parte, casi todos los hombres consideramos que la guerra es algo malo. El horror de sus víctimas humanas, del dolor físico y moral que genera, de la destrucción y aflicciones materiales que provoca, y del resentimiento que deja entre los países beligerantes —a veces por décadas o siglos— son suficientes para rechazar la guerra como una de las peores calamidades que puede sufrir un pueblo.

De ahí que todo cuanto se realice por evitar que se llegue a una confrontación bélica es digno del mayor encomio. En tal sentido, los esfuerzos realizados por diversos países y organismos internacionales para evitar el estallido y continuación de las hostilidades anglo-argentinas, merecen el reconocimiento del mundo entero.

Sin embargo, frente al hecho consumado del inicio de una guerra, cabe considerar dos aspectos que, a veces, tienden a olvidarse.

El primero es que no se puede igualar a "los gobiernos" de los países contendientes, asimilando el que provoca un enfrentamiento al agredir, con el que actúa en ejercicio de la legítima defensa, ya sea de su integridad territorial, de su soberanía política o de su honor nacional.

En este caso, está suficientemente claro que así como el gobierno argentino amerita el máximo repudio moral por haber desatado una guerra con su agresión antijurídica, el gobierno inglés despierta la admiración de ver a un país resuelto a defender su honor nacional, en una época en que parecieran predominar sólo los fríos cálculos pragmáticos.

Por aquí nos aproximamos al otro aspecto que deseo añadir.

En la guerra, más allá de la culpabilidad del gobierno que la genera injustamente, los hombres van a ella —en uno y otro bando— en respuesta al imperativo ético que sienten de defender a su patria.

Es cierto que en la guerra se mata y se muere. Pero, normalmente, no se mata por odios personales, sino por un trágico deber patriótico. Incluso, lo habitual es que se procure aminorar los daños humanos, y que se registren rasgos de humanitarismo y caballerosidad entre los combatientes, fenómenos que se han reeditado en este conflicto.

En la guerra se arriesga la vida no por un egoísmo pasional, sino por un móvil generoso y que trasciende el interés del individuo, como es el patriotismo. No por un propósito utilitario o materialista, sino por el noble principio espiritual de defender la integridad patria o el honor nacional.

¿Qué sentido tendría —de lo contrario— que los pueblos siempre hayan honrado a sus héroes, y conmemoren sus batallas como las máximas efemérides de la nacionalidad? ¿Sería ello razonable, si sólo se tratase de recordar expresiones de supuesto salvajismo?

De ahí la gran paradoja de la guerra. Por un lado, la evidencia de sus males, como testimonio de la imperfección humana para entendernos por la sola razón. Del otro, la admiración ante la entrega noble y heroica de quien acude a ella por altas e irrenunciables exigencias morales.

ALCALDE DE LONQUIMAY

Entre el cielo y el municipio

☐ Desde 1973, el sacerdote Benedicto Sepúlveda cumple una misión única en el país: párroco y jefe comunal a la vez

A paso lento, meditabundo y solitario, camina por los pasillos del edificio Diego Portales en uno de los recreos del cuarto congreso de alcaldes. Y otro signo se agrega para delatar su condición radicalmente diferente, que lo distingue de los otros 316 jefes comunales: una gigantesca cruz que cuelga sobre su corbata y terno a rayas.

Es el sacerdote Benedicto Sepúlveda quien, desde 1973, cumple una misión única en el país: párroco y alcalde a la vez. Tan especial dualidad de funciones despierta la curiosidad de muchos por conocer cómo pueden darse en una sola persona tareas que, a simple vista, parecen disímiles. ERCILLA lo interceptó en uno de esos descansos y, con una voz casi imperceptible, el párroco —alcalde de Lonquimay (comuna de la novena región)— fue relatando cómo se gestó su nombramiento, en qué forma y dónde delimitan sus funciones espirituales y terrenales, y

José Cifuentes

Benedicto Sepúlveda, párroco y jefe comunal de Lonquimay: "Ante todo soy sacerdote, después alcalde"

Fundación Jaime Guzmán